

***Homenaje a la Profesora
María Luisa Picklesimer***
(*In memoriam*)

M.a Nieves Muñoz Martín, José A. Sánchez Marín (eds.)

IMPRESA DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA
COIMBRA UNIVERSITY PRESS



EL MITO CLÁSICO EN LOS HISTORIADORES DE INDIAS¹

JOSÉ MARÍA CAMACHO ROJO & PEDRO PABLO FUENTES GONZÁLEZ
Universidad de Granada

I. Introducción

Todo estudio sobre un aspecto concreto en el conjunto de las obras de los historiadores de Indias aconseja una primera selección entre el considerable número de autores que escribieron en los siglos XVI y XVII sobre el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Y es que nos encontramos ante un vasto corpus de textos que, bajo la forma de diarios, cartas, relaciones, crónicas e historias propiamente dichas, tienen como motivo común la descripción de la naturaleza de las Indias, de las culturas precolombinas, y la narración de la conquista hispánica. Estos textos nos ofrecen una información variada y de muy diverso valor, pero conviene subrayar desde un principio que, como afirma Mignolo (1981: 380), «la formación discursiva historiográfica acepta por sinónimos», en los siglos XVI y XVII, los nombres de «historia, crónica, anales (y aún relación) para referirse al texto historiográfico» (*cf.* también p. 384-385 y 402). Ahora bien, no todos los criterios de selección son válidos. Para el estudio del tema que nos ocupa nos ha parecido conveniente utilizar como criterio el tipo de conocimiento historiográfico de los autores, puesto que estimamos que de este modo estarán representadas todas las formas narrativas y, por consiguiente, además del motivo, función y momento en que se introducen los mitos clásicos en la cadena histórica, se podrá determinar el grado de aceptación o rechazo del mito atendiendo al tipo de información de que se vale el historiador.

Pues bien, como medida para valorar la verdad, los historiadores de Indias tomarán la distancia cronológica que media entre los acontecimientos narrados y el momento en que se los narra, de modo que, atendiendo a esta consideración, se pueden distinguir, de nuevo según Mignolo (1981: 387), tres grupos.

Un primer grupo comprende a los escritores que tienen *información directa* porque son testigos presenciales o agentes de los acontecimientos que narran: el propio Cristóbal Colón (*ca.* 1451-1506) o Hernán Cortés (1485-1547). A este grupo pertenecen también Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid, 1478 – Santo Domingo, 1557), el gran apologista de los

¹ Este trabajo tiene su origen en una comunicación presentada en el xii Coloquio Internacional de Filología Griega («Influencias de la mitología clásica en la literatura española e hispanoamericana del siglo XVI»), organizado por el profesor J. A. López Férrez, y celebrado en Madrid (UNED), los días 7-10 de marzo de 2001.

conquistadores, con su *Historia general y natural de las Indias* (1535); el célebre defensor de los indígenas americanos Bartolomé de las Casas (Sevilla, 1474 – Madrid, 1566), autor de una *Historia de las Indias*, no impresa hasta 1875; Bernal Díaz del Castillo (Medina del Campo, 1492 – Guatemala, 1584), con su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568), y Pedro de Cieza de León (1520-1554), autor de la *Crónica del Perú* (Primera parte: Sevilla, 1553).

El segundo grupo es el de los autores que se basan en *información indirecta inmediata*, como quienes escriben desde España en el momento en que se realizan los acontecimientos de los cuales informan sus escritos. Es el caso de Pedro Mártir de Anglería (Arona, 1459 – Granada, 1526), autor de las *De Orbe Novo decades octo*, conocidas como *Décadas del Nuevo Mundo* (Sevilla, 1511), y Francisco López de Gómara (Gómara [Soria], 1511 – *¿ib.? ca.* 1566), escritor de amplia formación humanística, al igual que el anterior, que compuso una *Historia general de las Indias y conquista de México* (Zaragoza, 1552) a partir de los datos facilitados por Cortés y otros exploradores.

Por último, el tercer grupo es el de los historiadores que se basan en *información indirecta mediata*, es decir, aquellos que desde España y en un lapso temporal posterior a los hechos que narran, se basan sólo en documentos, como Antonio de Herrera y Tordesillas (1549-1625), el primero de los cronistas de Indias que actúa con una óptica de historiador ajeno personalmente a los hechos que se refieren, autor de una *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, conocida generalmente como las *Décadas*, compuesta entre 1601 y 1615; y Juan Cristóbal Calvete de Estella (*ca.* 1520-1593), autor de *De rebus Indicis* (obra inédita hasta 1950).

Como los mitos que aparecen en este variado y extenso corpus de textos son, generalmente, los mismos, se hace aconsejable estudiarlos según su función, esto es, según el cometido que realiza el signo mítico en el texto en que va inmerso. Procederemos, por tanto, a un análisis por temas y no por autores, con el fin de dilucidar si existen o no diferencias en su tratamiento.

II. Mito clásico e historiografía indiana

En la historiografía de Indias se encuentran con cierta frecuencia alusiones, referencias y descripciones de mitos clásicos. Para dar una visión de conjunto de los mismos, creemos oportuno establecer una primera división relativa a los tipos de mitos utilizados. Básicamente son de dos clases: los que se refieren a los ámbitos privilegiados del imaginario clásico, aplicados siempre al Nuevo Mundo, y los relacionados con el ámbito heroico-legendario greco-romano, referidos por lo general a los descubridores y conquistadores españoles.

A. Referentes míticos relativos a los ámbitos privilegiados del imaginario clásico

La *mitologización* de las Indias, es decir, la tendencia a ubicar en el Nuevo Mundo una serie de motivos míticos-utópicos tradicionales vino propiciada por la naturaleza extraordinaria de las tierras descubiertas, por su condición de lugar extremo y paradisíaco. En los historiadores, lo real y lo maravilloso se llegan a identificar en ocasiones. Por ello, para describir, explicar y transmitir la imagen de la nueva realidad, los mitos relativos a los ámbitos privilegiados, en el tiempo o en el espacio, del imaginario clásico constituían un referente válido, por ser motivos suficientemente conocidos para gran parte de los lectores a los que se dirigían crónicas e historias. Por otro lado, el elemento utópico característico del espíritu renacentista fue especialmente estimulado por el descubrimiento. La visión utópica de las Indias, que tan fructífera repercusión tendrá en el pensamiento de la época (Moro, Campanella, Bacon), y el fenómeno de la «inversión americana» tienen como primera manifestación la contraposición entre la Edad de Oro y la Edad de Hierro, identificadas con el Nuevo y el Viejo Mundo, respectivamente. Como complementos de este mito e indisolublemente unidos a él, aparecen el tema de la exaltación sin límite de la naturaleza, cuya incidencia llevó a imaginar utopías espaciales que se ubicaron en diversos lugares de las nuevas tierras, y el de la idealización del hombre y los pueblos primitivos. Todo esto conducirá a delinear, en términos generales, la división «estado natural» *versus* «civilización».

1. Mitos referidos a un tiempo ideal (utopías temporales): la nostalgia de la Edad de Oro

Comenzamos por los mitos referidos a un tiempo ideal o utopías temporales, que reflejan la nostalgia de la Edad de Oro. Como es bien sabido, en la Antigüedad clásica el mito de la Edad de Oro alude a un estado de felicidad, la mayor parte de las veces localizado en un pasado remoto, en el que el hombre vive carente de preocupaciones. Esta edad remite a un ámbito ideal que simboliza la armonía, la justicia y la abundancia (Bauzá 1993: 21 ss.). Los testimonios son sobradamente conocidos: Hesíodo (*Erga* 109-123) y Ovidio (*Met.* I 879 ss.), para no entrar en detalles, son las referencias fundamentales.

La oposición Edad de Oro / Edad de Hierro es una constante en la literatura sobre América de la primera mitad del *xvi*. Entre los historiadores, el primero que hace mención expresa de la Edad de Oro es Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas del Nuevo Mundo*. Ya desde la Primera Década, el motivo de la Edad de Oro se afirma claramente. Al comparar a los indios con los itálicos hallados en el Lacio por Eneas, concluye (I 2):

«Creo yo, empero, que estos isleños de la Española son más felices que aquéllos [...] porque viven desnudos, sin pesas, sin medidas y, sobre todo, sin el mortífero dinero en una verdadera Edad de Oro, sin jueces calumniosos y sin libros, satisfechos con los bienes de la naturaleza, y sin preocupaciones por el porvenir» (p. 23).

El oro se contrapone, pues, al dinero (al hierro); por eso, argumenta Abellán (1979: 384 ss.), al hablar de América como Tierra del Oro, «la palabra “oro” tiene un significado mucho más amplio y elevado que el de la referencia a un simple metal».

Aunque con algunas significativas alteraciones, en los textos de Mártir se reencuentran manifiestamente, como bien observó Lens (1996: 205 ss.), las categorías de la tradición grecorromana. Por ejemplo: cuando refiere el modo de vida de los indios insulares, subraya, entre otras características tradicionalmente aplicadas a la Edad de Oro, que los nativos no conocen la propiedad privada (I 3):

«Es cosa averiguada que aquellos indígenas poseen en común la tierra, como la luz del sol y como el agua, y que desconocen las palabras *tuyo* y *mío*, semillero de todos los males. Hasta tal punto se contentan con poco, que en la comarca que habitan antes sobran campos que falta nada a nadie. Viven en plena Edad de Oro, y no rodean sus propiedades con fosos, muros ni setos. Habitan en huertos abiertos, sin leyes, ni libros y sin jueces, y observan lo justo por instinto natural. Consideran malo y criminal al que se complace en ofender a otro» (p. 38).

Y al referir la organización social de los indios, afirma (VII 1):

«Estaban en la edad de oro, no había *mío* y *tuyo*, semillas de discordias. El tiempo que les sobraba de sembrar y recoger, lo empleaban en jugar a la pelota, danzar, cazar y pescar. De fueros judiciales, de pleitos, disputas y riñas entre los vecinos, no se hacía mención [...] Lo mismo se observaba en las demás islas, y en todas se contentaban con poco» (p. 423).

Lo hasta ahora dicho está en los textos de nuestros historiadores. No debemos olvidar, sin embargo, que el concepto inverso al de la Edad de Oro, el que interpreta la vida de los indígenas en términos de rudeza y ferocidad, y, en general, contempla la historia de la Humanidad como un progresivo proceso, también lo está, y que tiene asimismo sus antecedentes y su referencia explícita en la otra conceptualización que del hombre primitivo hizo el pensamiento clásico, el de una bestia sin leyes y sin moral, visión que sintetizó Lucrecio en el quinto libro del *De rerum natura* (925-987).

2. Mitos referidos a espacios ideales (utopías espaciales): la exaltación de la naturaleza

a) Las Indias, *locus amoenus*

Tras las utopías temporales, pasamos a los mitos referidos a espacios ideales o utopías espaciales, con su exaltación de la naturaleza. En primer lugar, nos encontramos aquí las Indias como *locus amoenus*. Entre las visiones utópicas clásicas referidas al espacio destacan los ámbitos privilegiados en los que era posible la *eudaimonía*. Se trata siempre de lugares placenteros que reciben diversos nombres (Arcadia, Campos Elisios, etc.) y que configuran un espacio idealizado que la retórica englobará bajo el rótulo de *locus amoenus* (Bauzá 1993: 89-90). El tratamiento de estos motivos clásicos devino un tópico en el Renacimiento, y el tema de la exaltación de la naturaleza recibió gran estímulo a consecuencia del descubrimiento, dando origen a la visión de América como «tierra de la abundancia». El paisaje del Nuevo Mundo fue visto con rasgos que son constantes en todas las descripciones de los primeros historiadores: fertilidad, abundancia y eterna primavera. En este sentido, es famosa la descripción colombina de la Española en la *Carta sobre el Descubrimiento* (1493):

«En ella hay pinares a maravilla, y hay campiñas grandísimas, y hay miel y muchas maneras de aves y frutas muy diversas [...] La Española es maravilla; las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes [...] Ésta es para desear, y vista, es para nunca dejar».

Pero para el tema que nos ocupa nos parece paradigmática la descripción que hace P. Mártir de Anglería (III 7) de esta misma isla:

«Sea la descripción particular de la Española lo que vaya al frente de esta narración, ya que es la cabeza y emporio de toda la liberalidad del océano, y que tiene mil y mil ninfas, nereidas hermosas, engalanadas y ricas, que, como a otra Tetis, señora y madre, la rodean y adoran esplendorosamente» (p. 215).

«[...] La Española tiene ambos solsticios casi iguales a los equinoccios [...] Tiene, pues, esta dichosa isla perpetua primavera y perpetuo otoño; allí todo el año tienen hojas los árboles y están verdes los prados; todas las cosas prosperan allí admirablemente» (p. 218).

«[...] ¿Qué mayor felicidad que pasar la vida donde no se vea uno obligado a encerrarse en estrechas habitaciones, con horroroso frío o angustioso calor, ni tenga uno que cargar el cuerpo en invierno con pesados vestidos, o estar quemándose las espinillas continuamente al fuego, que son cosas

que envejecen a los hombres rápidamente y quebrantan las fuerzas y traen consigo mil clases de enfermedades? Dicen, además, que es saludable el aire, y saludables las aguas de los ríos: como que corren siempre sobre oro; pues no hay ningún río, ninguna montaña, ni llanura que no tengan oro» (p. 219).

En tan gran consideración eran tenidas las excelencias naturales de las nuevas tierras que esta misma consideración sirvió a Las Casas, con ayuda de otros argumentos, para sostener que las Indias no habían sido conocidas por los antiguos. Se basa en que las Indias poseen mayores excelencias que las islas Canarias como para que, de haberse conocido, los antiguos hubieran situado en ellas, y no en las Canarias, los Campos Elisios:

«Y así, no son aquellas islas del nombre de Paraíso dignas, y por esto parece claro ninguna noticia los muy antiguos haber tenido destas Indias [...], porque si la tuvieran, con muy mayor razón pusieran en ellas los Campos Elisios que en las islas de Canaria, ni en España, pues es manifiesta la ventaja, como cien mil partes a una, que a todas las del mundo, en felicidad, templanza de aires, aspecto de los cielos, aguas, frutas, frescura, suelo, disposición de la misma tierra y otras naturales riquezas hacen estas Indias [...]» (*BAE XCV* 1, p. 381)».

De ahí que, según Las Casas, pueda resultar justificado que Colón concibiera que allí podía encontrarse el Paraíso:

«Y porque allí donde agora el Almirante andara era maravilla la frescura y temperancia de los aires y alegría de la tierra, cielo, aguas y arboledas, que por los ojos vía, no era mucho que por allí concibiese, aunque había navegado hacia el Poniente (puesto que también sentía ser el fin del Oriente), estar, no los Campos Elisios como los gentiles, sino, como católico, el terrenal Paraíso» (*ibid.*).

b) La fuente de la juventud

En estos ámbitos idílicos era, pues, posible para el hombre tener una existencia feliz e incluso lograr vencer los achaques de la vejez, por lo que no es extraño que se localizara también en las nuevas tierras la fuente de la juventud. La convicción de la existencia de esta fuente venía, en gran parte, impuesta por la lógica: en las cercanías del Paraíso terrenal, y América lo parecía, se había de hallar semejante prodigio (Gil 1989: I 251-252). En la literatura griega era posible encontrar noticias de la existencia de islas donde se podía detener el paso del tiempo (en la *Odisea* V 13-281, VII 243-266, Calipso intenta retener a Ulises en la isla de Ogiogia con la promesa de la inmortalidad). Referencias a una fuente de la juventud se encontraban en Heródoto, según el cual la mayoría de los etíopes vivían ciento veinte años y se bañaban en una fuente

cuya agua «era de tan escasa densidad que ningún objeto podía flotar en su superficie», por lo que en ella podía residir «la causa de su longevidad» (III 23). La noticia de la existencia en el Nuevo Mundo de una fuente de la juventud, situada siempre en la tradición más allá de los confines del mundo conocido, fue debida a Juan Ponce de León. Entre los historiadores de Indias el primero que se refiere a una fuente de estas características, seguido por casi todos los cronistas, es Pedro Mártir, (II 10):

«[...] a la distancia de trescientas veinticinco leguas de la Española, cuentan que hay una isla [...], que se llama Boyuca o Ananeo, la cual tiene una fuente tan notable que, bebiendo de su agua, rejuvenecen los viejos. Y [...] tan formalmente se han atrevido a extender esto por toda la corte, que todo el pueblo y no pocos de los que la virtud o la fortuna distingue del pueblo, lo tienen por verdad.

Pues si Vuestra Santidad (*scil.* el papa León X) me pregunta mi parecer, responderé que yo no concedo tanto poder a la naturaleza madre de las cosas, y entiendo que Dios se ha reservado esta prerrogativa cual no menos peculiar que el escudriñar los corazones de los hombres o sacar las cosas de la nada, como no vayamos a creer la fábula de Medea acerca del rejuvenecimiento de Esón o la de la Sibila de Eritrea, convertida en hojas» (p. 159).

En la Séptima Década (VII 7) alude de nuevo a la fuente, situada cerca de la Florida, y a los detalles relativos a ella que le han referido hombres de cierta autoridad que han estado en las Indias (p. 453-455):

«En mis primeras Décadas que corren impresas por el mundo, se dio noticia de una fuente que dicen tiene tal virtud oculta que, usando su agua bebida y en baños, hace rejuvenecer a los ancianos» (p. 453).

Mártir manifiesta su escepticismo al respecto y no duda de que hecho tan excepcional es contrario al parecer de filósofos y médicos, pero también aduce conjeturas a favor:

«Apoyándome yo en el ejemplo de Aristóteles y de nuestro Plinio, me atreveré a dar cuenta y consignar por escrito lo que no vacilan en afirmar de viva voz hombres de suma autoridad [...]

Así, pues, entre las afirmaciones de ellos y los argumentos fuertes de los antiguos sabios, vacilando yo sobre si es posible que, aparte de los milagros divinos, tenga la naturaleza tanta virtud, no apoyándome en las medicinas de Medea, con las cuales fingen los griegos que rejuveneció a su suegro Esón, ni en los versos de Circe con que cambió en animales a los compañeros de Ulises y los volvió, sino enseñando con ejemplos de animales brutos, me propongo argumentar sobre este asunto tan insólito e imposible a juicio de muchos, para

que no formemos juicio de que hombres tan graves hablaron enteramente sin fundamento» (p. 453-455).

Concluye Mártir manifestando una actitud de confianza en la naturaleza («artífice maravillosa», p. 455), que la acción rejuvenecedora de la fuente podría tal vez explicarse por el misterioso poder de aquélla:

«Así pues, yo no me maravillaría de que las aguas de esta fuente tuvieran alguna virtud aérea y acuosa, desconocida para nosotros [...]» (p. 455).

c) Identificación de las Indias con lugares míticos

Pasamos ahora al problema de la identificación de las Indias con diversos lugares míticos. Esta visión paradisíaca de las nuevas tierras, así como las leyendas y las fantasiosas concepciones cosmográficas de la época hicieron que en los comienzos del descubrimiento las islas se interpretaran y se localizaran en clave mítica. Además de la colombina localización en las comarcas bíblicas de Ofir y Tarsis, las islas fueron pronto identificadas con las Hespérides, en la idea de que se encontraban en el mar Etiópico, entendido como el océano Atlántico fronterero de África, por lo que el almirante habría realizado un periplo similar al de Hanón. Esta solución, propugnada por Francisco de Cisneros (Gil 1989: I 72 ss.), fue la defendida por Fernández de Oviedo, quien dedicó un largo capítulo de su *Historia general* a demostrar, apoyándose en la autoridad del falso Beroso, que las Hespérides, esto es, las islas descubiertas, habían pertenecido en la Antigüedad a Hespero, duodécimo rey de España, y recibido su nombre del mismo:

«[...] a mi parescer, Cristóbal Colon se movió, como sabio e docto e osado varón, a emprender una cosa como ésta, de que tanta memoria dejó a los presentes e venideros, porque conoció, y es verdad, que estas tierras estaban olvidadas. Pero hallólas escritas; e para mí no dudo haberse sabido e posído antiguamente por los reyes de España [...] En verdad [...] yo tengo estas Indias por aquellas famosas islas Hespérides, así llamadas del duodécimo rey de España, dicho Hespero» (*BAE* CXVII 1, p. 17).

La credulidad de Fernández de Oviedo fue criticada por Hernando Colón (*Historia del Almirante*, cap. IX) y con posterioridad por el cronista Antonio de Herrera, pero la más completa refutación se debe a Bartolomé de Las Casas, quien, en los capítulos XV y XVI del libro I de su *Historia de las Indias*, adujo numerosas razones y argumentos en contra de la identificación de las Hespérides con las Indias y de su pretendida pertenencia a España en tiempos del rey Hespero XII. Las Casas atribuye a Fernández de Oviedo «tanta autoridad, y cuanta cual se suele atribuir a los sueños, o a los que las cosas que aún no son *in*

rerum natura adivinan» (p. 53a). Más adelante, continúa negando toda validez a su idea:

«Muchas y en muchas cosas Oviedo alega libros y autoridades que él nunca vió ni entendió, como él no sepa ni entienda latín, y así parece que hizo en esta» (*BAE XCV* 1, p. 60).

Como ejemplo de los razonamientos de Las Casas en contra de esta idea, citamos el siguiente:

«[...] no había en Grecia ni en otras naciones, harto más políticas y de más sutiles ingenios que las de España, industria de navegar ni cerca y menos lejos, y el primero que juntó flota y señoreó la mar de Grecia fué Minos, como cuenta Tucídides, antiquísimo historiador griego, lib. 1º, columna 2ª, el cual fué antes de Platón, ¿cuánto menos pericia tenía España de navegar en tiempo de Hespero, siendo antes que Troya?; mayormente que no les faltaban guerras, como parece que Hespero defendiéndose contra su hermano Atlante, que le vino con gran ejército a echar del reino, como al fin dél lo echó, las tuvieron muy crueles, y así es manifiesto que no tuvo tiempo en entender en tan prolijos descubrimientos» (*BAE XCV* 1, p. 54b).

No fue ésta, en fin, relativa a las Hespérides, la única identificación con lugares míticos procedentes de la cultura griega. López de Gómara propuso identificar las Indias con la Atlántida platónica y no con las Hespérides ni Ofir y Tarsis:

«Platón cuenta en los diálogos *Timeo* y *Cricia*, que hubo antiguísimamente en el mar Atlántico y Océano grandes tierras, y una isla dicha Atlántide, mayor que África y Asia, afirmando ser aquellas tierras de allí verdaderamente firmes y grandes, y que los reyes de aquella isla señorearon mucha parte de África y de Europa. Empero que con un gran terremoto y lluvia se hundió la isla, sorbiendo los hombres; y quedó tanto ciego, que no se pudo navegar más aquel mar Atlántico. Algunos tienen esto por fábula, y muchos por historia verdadera [...] Pero no hay para qué disputar ni dudar de la isla Atlántide, pues el descubrimiento y conquistas de las Indias aclaran llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras, y en Méjico llaman a el agua atl, vocablo que parece, ya que no sea, al de la isla. Así que podemos decir cómo las Indias son la isla y tierra firme de Platón, y no las Hespérides, ni Ofir y Tarsis, como muchos modernos dicen; ca las Hespérides son las islas de Cabo-Verde y las Gorgonas, que de allí trujo Hanon monas. Aunque con lo de Solino hay alguna duda, por la navegación de cuarenta días que pone. También puede ser que Cuba, o Haití, o algunas otras islas de las Indias, sean las que hallaron cartagineses, cuya ida y población vedaron a sus ciudadanos, según cuenta Aristóteles o Teofrasto, en las maravillas de natura no oídas. Ofir y Tarsis no se sabe dónde ni cuáles son,

aunque muchos hombres doctos, como dice San Agustín, buscaron qué ciudad o tierra fuese Tarsis» (*BAE XXII*, p. 291b-292a).

3. La visión utópica del hombre primitivo. Pueblos y genios míticos

Entre los elementos que configuran el mito de la Edad de Oro y la exaltación de la naturaleza se encuentra la idealización de los pueblos primitivos.

a) El mito del *buen salvaje*

Es bien sabido que, como complemento de estos mitos, se desarrolló el del «buen salvaje». La utopía del hombre unido a la naturaleza representa un estado en que no se ha producido la degradación del hombre por la civilización. Al margen de algunos textos del propio Colón sobre la bondad, ingenuidad y sencillez de los indígenas, los comienzos del mito se suelen asociar con Bartolomé de las Casas, pero las primeras manifestaciones de la elaboración utópica del «buen salvaje», que alcanzará su formulación más plena con Rousseau, se encuentran ya en Pedro Mártir de Anglería, en el episodio del «filósofo desnudo», claro ejemplo de una idealización del hombre primitivo. Cuenta Mártir (I 3) cómo en la isla de Cuba, «mientras el Almirante oía misa en la playa», se les apareció «cierto varón principal, octogenario y grave, y sin embargo desnudo, con muchos que le acompañaban, el cual, mientras se celebraban los sagrados misterios, asistió admirado con respetuoso rostro y mirada». Y sigue diciendo que, después de ofrecerle un canastillo lleno de frutas, se dirigió a él con estas palabras:

«Nos han contado que tú has recorrido con ejército poderoso todas estas provincias que hasta ahora te eran desconocidas, y que has causado no poco miedo a los pueblos que las habitan. Por lo cual te advierto y amonesto que las almas, cuando salen del cuerpo, tienen dos caminos: uno tenebroso y horrible, preparado para aquellos que molestan y hacen daño al género humano; otro placentero y deleitable, destinado para los que en vida amaron la paz y tranquilidad de las gentes. Si, pues, tienes presente que eres mortal, y que a cada uno le están señalados los méritos futuros según las obras presentes, no harás mal a nadie» (p. 38).

Aunque simplemente como un eco lejano, parece inevitable evocar aquí el encuentro (directo o indirecto) de Alejandro Magno con los gimnosofistas indios, del que la tradición antigua nos ofrece testimonios ya sin duda envueltos en el tópicos y la leyenda (cf. Estrabón XV 1, 61, 63-65; Plutarco, *Vida de Alejandro* 14, 2-3; Arriano, *Anábasis* VII 1-2; *Pap. Genev.* 271; Anónimo, *Historia de Alejandro Magno* III 5-16; Paladio, *Sobre los pueblos y los brahmanes de la India* II²).

² Sobre este episodio legendario, cf. Oliver Segura 1991; *Id.* 1990; Martín García 2008, vol. I, 445-454.

b) Otros mitos: las amazonas, las sirenas

Conviene, por último, señalar las frecuentes alusiones a pueblos fabulosos, como los cinocéfalos o los hombres con cola. Sin embargo, el asunto que tratamos nos obliga a destacar otros motivos que, aunque no constituyen un material utópico propiamente dicho, pertenecen también al proceso de elaboración mítica de la conquista y descubrimiento: nos referimos a los temas de las amazonas y las sirenas.

Como bien advierte Gil, el mito de las amazonas sufrió a lo largo de los siglos un desplazamiento hacia Oriente: las amazonas, que vivían a orillas del río Termodonte, en la Meótide o mar de Azov (Heródoto IV 110 ss.), acabaron relegadas al Cáucaso o al Caspio y, por último, a los confines de la India, «pero siempre para habitar en parajes acuáticos y estando siempre libres de todo trato con los hombres» (Gil 1989: I 35). No extraña, pues, que Colón, en su *Diario*, localizara esta leyenda en una isla al este de la Española, de nombre Matinínó: «había –dice– una isla adonde no había sino sólo mujeres», precisando que «cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de dicha isla de Caribe, que diz que estaba de ellas diez o doce leguas, y si parían niño enviábanlo a la isla de los hombres, y si niña dejábanla consigo» (p. 122 y 132).

La leyenda de las amazonas fue tratada, entre otros, por Pedro Mártir, Pedro de Cieza de León, Fray Gaspar de Carvajal, Fernández de Oviedo y Miguel Cabello Valboa.

En la obra de Pedro Mártir, entre los motivos de carácter mitológico, uno de los mencionados con más frecuencia, quizás el que más, es precisamente el de las amazonas. Las referencias al mito se encuentran ya en la Primera Década (I 2), con motivo del segundo viaje en 1493:

«Comenzó a verse por el Septentrión cierta isla grande, y los que en la primera navegación habían sido llevados a España y librados de los caníbales afirmaron que aquella isla la llamaban sus habitantes Madanina (*sic*), que la habitan mujeres solas. En el primer viaje habían tenido los nuestros noticias de esta isla. Se ha creído que los caníbales se acercan a aquellas mujeres en ciertos tiempos del año, del mismo modo que los robustos tracios pasaban a ver a las amazonas de Lesbos, según refieren los antiguos, y que de igual manera ellas les envían los hijos destetados a sus padres, reteniendo consigo a las hembras. Cuentan que estas mujeres tienen grandes minas debajo tierra, a las cuales huyen si alguno se acerca a ellas fuera del tiempo convenido; pero si se atreven a seguirlas por la violencia o con asechanzas y acercarse a ellas, se defienden con saetas, creyéndose que las disparan con ojo muy certero. Así me lo cuentan, así te lo digo (p. 20)».

En la Tercera Década (III 9) trata de explicar el origen de la creencia entre los españoles de la existencia de las amazonas. Así dice que, en ciertas islas, cuando los hombres se marchan:

«[...] las mujeres se defienden varonilmente de los que vayan allá. De aquí me parece que proviene la creencia de que hay en aquel océano islas habitadas sólo por mujeres como me lo persuadió a mí el propio almirante Colón y lo digo en la primera Década (p. 235)».

Hay, pues, en Mártir, en oposición a la falta de espíritu crítico de posteriores cronistas, un intento de explicación histórica, como advertimos en la Década Cuarta (IV 4), donde establece una diferencia entre ciertas sacerdotisas y las amazonas, considerando que las segundas no tienen fundamento real:

«[...] hay otras islas, donde sólo habitan mujeres sin trato de hombres. Piensan algunos que viven a estilo de amazonas. Los que lo examinan mejor, juzgan que son doncellas cenobitas que gustan del retiro, como pasa entre nosotros, y en muchos lugares las antiguas vestales o consagradas a la Diosa Buena. En ciertos tiempos del año pasan hombres a la isla de ellas, no para usos maritales, sino movidos por compasión, para arreglarles los campos y huertos, con el cultivo de los cuales puedan vivir. Mas es fama que hay otras islas habitadas por mujeres, pero violadas, que desde pequeñas les cortan un pecho para que más ágilmente puedan manejar el arco y las flechas, y que pasan allá hombres para unirse con ellas, y que no conservan los varones que les nacen. Esto lo tengo por cuento» (p. 262).

Finalmente, en la Década Séptima, el autor consigna su última referencia a este mito, reafirmando su incredulidad, pese a la coincidencia en este asunto por parte de algunos informantes:

«Añaden también éstos que es verdad lo que se cuenta de la isla habitada solamente por mujeres que a flechazos defienden con bravura sus costas, y que en ciertas temporadas del año pasan allá los caníbales para engendrar, y que desde que están encintas ya no aguantan a los hombres, y que a los niños que les nacen los echan fuera y se guardan las hembras, de lo cual hice mención en las primeras Décadas, y lo dije así como por fábula (p. 471)».

Muchos de los cronistas posteriores a Pedro Mártir se refirieron a las amazonas, uniendo la leyenda al mito clásico. Hernán Cortés, en la cuarta de sus *Cartas de relación de la conquista de Méjico*, refiere la relación de uno de sus capitanes tras explorar las costas recién descubiertas del «Mar del Sur»:

«[...] y asimismo me trujo relación de los señores de la provincia de Ciguatán,

que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han aceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si hombres los echan de su compañía» (p. 254).

Fernández de Oviedo nos proporciona numerosas alusiones y referencias a las amazonas en su *Historia general y natural de las Indias* e insiste en negar su existencia:

«[...] y más al mediodía está Matinino, la cual han querido algunos cronistas decir que era poblada de amazonas, e otras fábulas muy desviadas de la verdad, como parece por sus tractados, e se ha después averiguado que todo es falso por los que hemos visto la isla y las otras de su paraje; y es todo falso lo que desta se ha dicho quanto a ser poblada de mujeres solamente, porque no lo es ni se sabe, que jamás lo fuese» (*BAE CXVII 1*, p. 34).

Pero lo que interesa sobre todo es destacar las explicaciones etimológicas que, en al menos dos ocasiones, aduce:

«[...] está [...] más adelante, la punta que llaman de las Mujeres; y más adelante, otra isla que llaman de las Amazonas [...] Estos nombres de punta e islas de Mujeres e Amazonas, les pusieron los primeros descubridores, ignorando lo que quiere decir amazona; porque vieron que estas mujeres destas islas que es dicho, eran todas ellas flecheras y pelean con arcos, así como los indios. Pero amazona no quiere decir sino *sin teta*; y en lengua griega, *a* quiere decir *sin*, e *mazón* quiere decir *teta*; y como se escribe que las amazonas pelean con arcos y flechas, pensaban aquellos españoles nuestros que llamaron amazonas a estas mujeres, que el nombre les competía por las armas, e como hombres que no sabían que las amazonas, para el ejercicio del arco se quemaban la teta derecha e dejaban la siniestra para criar sus hijos. De aquellas amazonas fueron reinas Marpesia e Lampedia, e sojuzgaron la mayor parte de Europa, como más largamente lo cuenta Justino en la *Abreviación de Trogo Pompeyo*» (*BAE CXVIII 2*, p. 330).

Y posteriormente:

«Así, los cristianos las comenzaron a llamar amazonas, sin lo ser; porque aquellas que los antiguos llamaron amazonas, fué porque para ejercitar el arco y las flechas, seyendo niñas, les cortaban o quemaban la teta derecha, e no les crecía, e dejaban la siniestra para que pudiesen criar la hija que pariesen; y en griego, *a* quiere decir *sin*, *mazo* quiere decir *teta*, y por esto amazona quiere decir *sin teta*» (*BAE CXIX 3*, p. 122).

Es, por último, especialmente significativo el capítulo XXIV del libro L (*BAE CXXI 5*, p. 373-402), donde, siguiendo a fray Gaspar de Carvajal,

relata el descubrimiento del Amazonas por Orellana con las más completas referencias sobre este tema que se pueden hallar en las crónicas de Indias.

Un punto que todos estos textos tienen en común es la referencia al mundo acuático y a las costumbres sociales: periódicamente las mujeres se unen con hombres y, tras dar a luz, si es niña, la retienen; si es varón, lo alejan de sí.

El tema de la aparición de sirenas a los marinos era ya en la época del descubrimiento un tópico. El propio almirante, en su *Diario*, anotaba en 1493 que «vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara» (p. 112). Mártir de Anglería refiere también narraciones sobre sirenas en V 9:

«[...] a unas cien leguas de la colonia de Panamá encontraron una anchura de mar de color negro, en donde nadaban peces del tamaño de los delfines, que cantaban con armonía, como cuentan de las sirenas, y que adormecen del mismo modo» (p. 374).

Advierte a continuación que esto producirá admiración a «los hombres de ánimo estrecho», y, aunque manifiesta su escepticismo, intenta explicar el fenómeno, afirmando, contra la incredulidad de algunos, su fe en el poder de la naturaleza:

«Lo del canto también yo lo tengo por fábula, aunque lo cuentan hombres formales; mas para excusarles, ¿acaso no es sabido que hay tritones con voz [...] y fueron oídos y hallados muertos arrojados a la playa en la parte occidental de España? ¿No canta la rana debajo del agua? ¿Pues qué extraño será que se hallen también otros peces con voz, que nunca se hubiesen oído antes? Cada uno crea lo que le acomode: yo pienso que la naturaleza puede hacer cosas grandes» (p. 374).

B. Referentes míticos del ámbito heroico-legendario clásico

Otros mitos a los que con frecuencia aluden nuestros historiadores son, como dijimos, los relacionados, en general, con el ámbito heroico-legendario clásico. El empleo de este tipo de mito tiene como finalidad la exaltación y glorificación de los conquistadores. Se pretende con ello hacer a los españoles émulos de los héroes grecolatinos, convirtiendo así la historia en epopeya. Obviamente este uso es muy frecuente en los historiadores apologistas de los conquistadores, cuyo paradigma puede ser Fernández de Oviedo, y, por supuesto, no se encuentra en los defensores de los pueblos indígenas, como Bartolomé de Las Casas, quien, a la inversa, se sirve de este procedimiento, por ejemplo, para encomiar la figura del indio Ciguayo. En este caso, al utilizar

como referente la guerra de Troya, Las Casas, en coherencia con sus postulados ideológicos, recurre en su comparación al héroe de los vencidos. En efecto, en su *Historia de las Indias*, cap. CXXVII del libro II, acerca del levantamiento del Ciguayo en la Española, nos dice de éste que, atravesado con una media lanza por un español, «peleaba como un Héctor» (*BAE* XCV 2, p. 481). No deja de ser significativo que el único español que merece una comparación heroica por parte de Las Casas sea el propio Emperador Carlos V, al que, en el cap. CXLVIII del mismo libro, que refiere una audiencia, compara con Príamo:

«El obispo de tierra firme se levantó e hizo un preámbulo muy gracioso y elegante [...], diciendo [...] que agora que Dios le había complido su deseo, cognoscía que *facies Priami digna erat Imperio*; lo que el poeta Homero dijo de la hermosura de Príamo, aquel excelente rey troyano» (*BAE* XCV 2, p. 533).

Pues bien, para ilustrar mejor este empleo del mito, podemos distinguir entre referentes míticos propiamente dichos y personajes históricos de la Antigüedad mitificados, como Alejandro Magno.

1. Referentes míticos

Los referentes míticos más comunes son, como es de esperar, los relativos a viajes legendarios y a héroes civilizadores; es decir, los mitos de Jasón (o Ulises) y Heracles.

a) Mitos relativos a viajes legendarios

En cuanto a los mitos relativos a viajes legendarios, la imagen de Colón como navegante erudito y como nuevo Tifis proviene de la *Historia del Almirante* de su hijo Hernando Colón, quien cita a Séneca como referencia del padre:

«El segundo fundamento que dio ánimo al Almirante para la empresa referida, y por el que razonablemente pueden llamarse Indias las tierras que descubrió, fue la autoridad de muchos hombres doctos [...] y Séneca en los *Naturales*, libro I nos dice que desde las últimas partes de España pudiera pasar un navío a las Indias en pocos días con vientos; y si como algunos quieren, hizo este Séneca las tragedias, podemos decir que a este propósito dijo en el coro de la tragedia de Medea: “*Venient annis / secula seris, quibus Oceanus / vincula rerum laxet, et ingens / pateat tellus, Tiphisque novos / detegat orbes. / Nec sit terris ultima Thule*”» (p. 64).

López de Gómara reproduce esta referencia, pero haciendo ahora de Tifis la personificación de la navegación:

«Decir lo que ha de ser mucho antes que sea, es adivinar, y adivino llaman al que acierta lo porvenir, y muchas veces aciertan los que hablan por conjetura y por instinto y razón natural [...] Todo esto digo, considerando lo que dijo Séneca el poeta, en la tragedia Medea, acerca del Nuevo Mundo, que llaman Indias; ca me parece cuadrar puntualmente con el descubrimiento de las Indias, y que nuestros españoles y Cristóbal Colón lo han sacado verdadero. Dice pues: “Vendrán siglos de aquí a muchos años que afloje las ataduras de cosas el Océano, y que aparezca gran tierra, y descubra Tifis, que es la navegación, nuevos mundos, y no será Tile la postrera de las tierras”. Y en latín: Venient annis / Saecula seris, quibus Oceanus / Vincula rerum laxet, et ingens / Pateat tellus, Tiphisque novos / Detegat orbes. / Nec sit terris ultima Thile» (*BAE* XXII, p. 291b).

La referencia de Séneca se prolonga en la obra de Antonio de Herrera, *Historia general* (Década I 1, cap. 1º):

«Las Indias Occidentales eran regiones tan fuera de la imaginación de los hombres, que las pudiese haber, que se tenía por desvarío pensar en ello; porque se creía que se acababa la tierra en las islas de Canaria y que todo lo demás al Poniente era mar, aunque algunos antiguos tocaron algo, acerca de que las había. Séneca, en el fin de su Medea, en el acto II, dice que vendría tiempo en que el Oceano se dejase navegar y se descubriese gran tierra, y viese otro Nuevo Mundo» (II, p. 11).

El viaje de Magallanes y la primera vuelta al mundo realizada por una de sus naves, la Victoria, al mando de Elcano, es comparada por Pedro Mártir (V 7) con la exigua distancia recorrida por la nave de los argonautas en los siguientes términos:

«¿Qué no hubiese inventado la Grecia sobre novedad tan increíble de haberla llevado a cabo uno de los suyos? Venga la nave argonáutica, de cuya llegada al cielo se nos habla supersticiosamente, sin que los que tal hacen se ruboricen ni se rían, a contarnos sus hazañas. Mas ¿en qué consistió ésta sino en arribar desde Argos a Oetes y Medea con sus héroes Hércules, Teseo y Jasón? ¿Acaso sabemos lo que hizo? Las gentes ignoran aún en qué consistió el famoso vellocino de oro, pero, en cambio, los niños han aprendido de cualquier maestrillo que la distancia existente entre Grecia y el Ponto es inferior a la uña de un gigante» (p. 360).

La misma comparación y en términos similares se encuentra en Gómara:

«La nave Argos de Jasón que pusieron en las estrellas, navegó muy poquito en comparación con la nao Victoria [...] Los rodeos, los peligros y trabajos de Ulises fueron nada en respecto de los de Juan Sebastián [...]» (p. 219).

Y en Fernández de Oviedo:

«Calle la nao de Argos, pues vimos poco tiempo ha, la nao nombrada la *Victoria*, que circuyó el universo en el descubrimiento de la Especiería por aquel famoso Estrecho que el capitán Fernando de Magallanes enseñó. Aquel fue el más luengo camino que hasta hoy se sabe que hombres mortales hayan fecho [...] que todo lo que está escrito, e hombres hasta nuestro tiempo han visto, es mucho menos que lo que nuestros españoles han navegado» (*BAE CXIX 3*, p. 363-364).

Los argonautas siguen siendo el referente mítico, ya *tópos*, ahora ampliado, en Juan Cristóbal Calvete de Estrella, esta vez ya con relación al valor de los españoles en general en el arte de la navegación. Así, en la *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de Don Pedro Gasca*:

«Ha llegado tanto el valor de los españoles en navegar, que hay hoy en día muchos vivos de ellos que han dado una vuelta y aun dos al mundo; cosa que parece increíble y que es digna de toda admiración [...] Lo cual fuera tenido en más por los antiguos que la navegación de los Argonautas con su nave Argos, ni que los trabajos ni navegaciones de Ulises; que no es pequeño loor de los españoles, que aunque los cartagineses tuvieron alguna noticia de las tierras y costa del Océano occidental por la navegación que Hanno, su capitán, hizo, fue muy poco o casi nada en comparación de los españoles, y asimismo lo que Platón cuenta en el Timeo que pasó el viejo sacerdote egipcio con Solón, uno de los siete sabios de Grecia. Y ya que fuese algo, sería de la mar del Norte, y no de la del Sur, que tan desconocida fue por los antiguos, y tan dificultosa de hallar, que aun los mismos españoles, con haber dos años que tenían conquistada y poblada la costa del mar del Norte, no sabían de aquella mar del Sur, ni la pudieron descubrir hasta que con gran trabajo, atravesando la tierra, vinieron a hallar aquella mar del Sur tan deseada por ellos» (*Crónicas del Perú*, vol. IV, *BAE CLXVII*, p. 287b-298a).

Cf. *Id.*, *De rebus Indicis*, p. 53:

«*Quippe qui ea navi Victoria, quam veteres Poetae longe dignius, si id tunc contigisset, quam Argon inter astra collocassent, universum orbis terrae ambitum fuerit circumvectus. Et profeto ea navis Victoria in Hispanensium navalibus reponi atque in perpetuam tantae rei memoriam servari et meruit, et debuit. Sed Hispanorum res partim Principum culpa, partim scriptorum inscitia, in obscuro iacuerunt: et Cani quidem cursus majorem in admirationem Graecos duxisset, quae ea, quae de Argonautis, et Ulyse illi ipsi tradiderunt. Non Hannonem Carthaginensium Duce Graeci et Romani scriptores tantum extulissent: quod florentibus Carthaginis opibus, pervectus a Gadibus ad Arabiae finem, eam oceani oram memoriae prodiderit [...]*»

b) Mitos relativos a trabajos

En cuanto a los mitos relativos a trabajos, las penalidades y la resistencia de los españoles son comparados muy frecuentemente con los trabajos de héroes legendarios, en especial Heracles. Así Mártir de Anglería (V 6), al referir las penalidades de Cortés y sus soldados, hace extensible a los españoles en general la capacidad de sufrimiento:

«Omito aquí muchas cosas particulares que me hacen creer que ni los doce Hércules griegos ni viviente alguno pasó tanto quedando con vida. Tantas desdichas, tantos peligros en los combates, hambres semejantes, creo que no pudiera aguantarlos nadie no siendo español. Este linaje de hombres ha nacido para sufrir cualesquiera trabajos, hambre y sed, calores y fríos y prolongadas vigiliias e intemperie, si hay necesidad, a mi juicio, más que otra nación alguna» (p. 345).

Textos de similares características pueden encontrarse en diversos historiadores, pero resultan especialmente significativos, por su afán apologético, algunos de Fernández de Oviedo, como las reflexiones que este introduce tras la descripción de la muerte de algunos de los compañeros de Pánfilo de Narváez:

«Mas aquéstos sin ventura, que con tantos e tan diversos géneros de muertes padescieron, ¿qué se les puede igualar con traerlos su mala dicha e pecados a comerse unos a otros, e a morirse rabiando de hambre e de sed, e de otras enfermedades e trabajos, nunca por hombres padescidos ni tan continuos? [...] Hacedme agora saber, los que habéis leído, si oístes ni supistes otra gente tan desdichada ni tan trabajada ni tan mal aconsejada. Buscad esa peregrinación de Ulixes, o esa navegación de Jasón, o los trabajos de Hércules, que todo eso es ficciones e metáforas, que entendidas como se deben entender, ni hallaréis de qué os maravillar, ni son comparación igual con los trabajos de estos pecadores que tan infelice camino e fin hicieron. E cualquiera de todos éstos padesció más que los tres capitanes que es dicho, aunque con ellos pongáis a Perseo con su Medusa, si por estos pasos anduvieran que éstos anduvieron» (*BAE* CXX 4, p. 299).

La referencia a uno o varios mitos está motivada muchas veces, como hemos dicho, por el encomio de un personaje. Sirva de ejemplo el siguiente texto de Fernández de Oviedo, en el que este exalta el valor, generosidad y liberalidad de Diego de Almagro:

«El ser de su persona era tan valerosa cuanto pensarse puede; su esfuerzo no mediocre, sino de un Alcides o Perseo, o el que quisieren escoger de aquellos famosos Hércules, igualándose a los muy famosos, señalados e osados varones antiguos militares; porque por necesidad que tuviese, nunca de él se conoció

temor ni poquedad: antes, en los mayores trabajos e peligros, mirándole los soldados, cobraban nuevas fuerzas e ánimos para resistir su cansancio e hambre e temor» (*BAE CXXI* 5, p. 127).

En otras ocasiones la alusión al mito figura en los discursos o arengas que los capitanes dirigen a sus soldados, en la idea de que, gracias al sufrimiento de grandes penalidades, se alcanzará la ansiada gloria. Hércules aparece así, de nuevo, como referente en el siguiente discurso de Hernán Cortés, según Mártir de Anglería (V 2):

«¡Qué fama quedará en la posteridad por estas hazañas que jamás se ofrecieron a ninguno de los vivientes! En nuestra patria, nuestros vecinos nos darán más honra que jamás la tuvo Hércules en Grecia por su venida a España, de la cual quedan todavía monumentos. Son muchos más graves nuestros trabajos: también serán mayores los premios. Despertad, pues, y con ánimo valeroso emprended conmigo la empresa comenzada sin dudar de la victoria» (p. 303).

Pero no sólo los conquistadores. También sus mujeres son dignas de encomio por parte de Fernández de Oviedo. Y, como siempre, también aquí el personaje real supera con creces al referente mítico. Después que salió de la prisión de Cortés, Pánfilo de Narváez –dice nuestro historiador–:

«halló a su mujer, María de Valenzuela, que había algunos años que le atendía, en tan buena fama e reputación como pudo estar Penélope; puesto que no tejía e destejía, como aquélla, por la duda que tenía o esperanza de la venida de su marido Ulixes: estotra, certificada de la prisión e trabajos del suyo, granjeaba su hacienda, e la acrescentaba e guardaba para le redimir e ayudar» (*BAE CXX* 4, p. 285b).

c) Descubridores y conquistadores españoles como civilizadores

Por último, los descubridores y conquistadores españoles son comparados con figuras míticas desde la perspectiva de nuevos civilizadores y propagadores de la religión cristiana. Así, en los dos textos que siguen de Pedro Mártir son equiparados a Saturno y Hércules (I 10):

«Volvamos ya a los nuevos territorios [...] Son tan innumerables, varios y ricos, que nuestros modernos españoles no son menos que Saturno o Hércules, o cualquiera de los antiguos que investigaron nuevas regiones y las pusieron en cultura. ¡Oh, cuán latamente extendida verán los venideros la Religión cristiana! ¡Qué largos viajes podrán hacer ya los hombres! Lo que entiende acerca de estas cosas ni de palabra ni con la pluma me es posible expresarlo» (p. 91).

Y más adelante (III 4):

«Pululan, germinan, crecen, maduran, se cogen cada día cosas más ricas que las anteriores. Lo que en la antigüedad descubrieron Saturno, Hércules y otros héroes semejantes, ya no es nada. Si algo más descubren los españoles con su incansable trabajo, lo escribiré» (p. 197).

2. Paradigmas históricos mitificados: Darío, Alejandro, César, Aníbal

No queremos, por último, dejar de subrayar las numerosas referencias a héroes clásicos casi mitificados. La identificación o comparación de los conquistadores españoles, en especial Cortés, con héroes grecolatinos o del mundo antiguo en general para destacar casi siempre la superioridad de los españoles sobre sus ilustres antecesores es una constante en estos historiadores. Como afirma Reynolds 1962, «era el modo tradicional y casi obligatorio de parangonar a un personaje. Se dirá que así se prolongaba la inmortalidad de los héroes pasados a través de Cortés, al igual que en el proceso los autores (especialmente los poetas) hacían perdurar a sus ascendientes literarios» (Reynolds: 269). Los personajes antiguos más frecuentemente nombrados son, como es de esperar, Alejandro, César, Aníbal o Jerjes, paradigmas del mundo griego, romano, cartaginés y persa, respectivamente. En este sentido, son reiterados los epítetos que designan a los conquistadores como «un nuevo Alejandro» o «un nuevo César» al lado de «un nuevo Aquiles» o «un nuevo Eneas». Sirva de ejemplo, a modo de compilación, el siguiente texto de Fernández de Oviedo, donde se subraya la superioridad de la monarquía española en comparación con los grandes imperios de la Antigüedad:

«Y puesto que de aquesta nasción nuestra, su esfuerzo, su milicia y altos ingenios e grandes excelencias, desde luengos siglos por verdaderos e graves auctores esté predicado y escrito, no por eso se debe preferir ni dejar de poner a su cuenta, con menor, sino con mayor título y fama, lo que en estas Indias han obrado vuestros vasallos españoles, así en el militar ejercicio de las armas en la tierra, como en las amplísimas aguas del mar Océano, como valerosos y experimentados varones [...] Ha resultado haber dado e adquirido a vuestra Majestad otro hemisferio e mitad del mundo, e no menos tierra que todo aquello que los antiguos llamaron Asia, África y Europa [...] ¿Cuál monarquía de los asirios, cuál poder de los sicionios, o del grande Alexandre y sus macedonios, cuál de Darío y de Ciro y los persas, cuál de los de Micenas o de los de Corintio, cuál de los atenienses o tebanos, cuál de los partos o egipcios, cuál potencia de cartagineses o de los romanos, cuyas potencias tan alabadas y famosas son solemnizadas en muchos volúmenes de letras y auctores auténticos y graves? ... Todos esos señoríos, e otros que callo, se incluyen en el ártico hemisferio; pero los vuestros, el uno y el otro comprehenden» (*BAE* CXVIII 2, p. 212).

III. Conclusiones

Para concluir, hemos podido ver, en primer lugar, que la función primordial del uso del mito clásico entre los historiadores de Indias, obviando su base erudita, es la comparativa. El mito sirve de término evocado o referente inferior, por lo general, cualquiera que sea el motivo que sirve de base a la relación de analogía, al término real o comparado (la naturaleza y los hombres de las nuevas tierras, por un lado; los descubridores y conquistadores españoles, por otro).

En segundo lugar, la actitud de los historiadores ante el mito, aunque pueda diferir en función de la formación cultural y del conocimiento historiográfico que posean, es, por lo general, similar: el mito es una *fábula* inferior si se compara con la *verdad*, con la realidad vista y vivida por el historiador. Son elocuentes en este sentido las siguientes palabras de Fernández de Oviedo (*BAE* CXVIII 2, p. 212b-213a):

«No son comparación bastante a vuestros españoles, en las cosas que en estas nuevas tierras han experimentado, las fabulosas novelas de Jasón y Medea con su vellocino dorado. Callen los pregoneros de Theseo aquel laberinto y su Minotauro, pues que, sabida la verdad, esas metáforas, reducidas a la historia cierta, son unas burlas y niñerías si se cotejan y traen a comparación de lo que en estas Indias nuestras se ha visto y se ve cada día en nuestro tiempo; y lo han visto mis ojos y otros muchos a quien en esta edad ni en las venideras no podrán con verdad contradecir envidiosos enemigos de tan valerosa y experimentada nación y tan jubilada en virtudes».

Por este motivo, aunque el historiador carezca de las dotes con las que los grandes poetas y escritores de la Antigüedad ornamentan y engrandecen a sus personajes y los hechos que se les atribuyen, su obra se justifica sólo por la grandeza, en todos los sentidos, de la materia por él tratada: la materia, es decir, la naturaleza y los hechos descritos suplen al ingenio. De nuevo Fernández de Oviedo:

«Plutarco dice, en la vida que escribió de Alejandro Magno, que yendo contra Darío, cuando llegó a Troya [...] corriendo en torno de la estatua de Aquiles [...] coronó aquella estatua, llamando a Aquiles felice, porque en tanto que fue vivo, hobo tan fiel amigo en Patroclo, e después de la muerte un trompeta tal como Homero. Estas palabras de Alejandro muestran la envidia que hobo de haber tenido Aquiles tan alto escriptor para su historia, e que él para la suya no tenía tal cronista; porque en la verdad, el estilo y elocuencia del auctor de una famosa historia, mucho la engrandesce e sublima por el ornamento de su graciosa pluma e sabio proceder, o mucho le quita e disminuye del propio valor,

cuando en el tal escritor no hay la habilidad que se requiere en cosas grandes. Esto falta aquí por cierto, e yo confieso que por tantas e tales e tan diversas materias como son de las que yo aquí tracto, fuera necesario otro ingenio que el mío; pero en confianza desta verdad a que voy arrimado, espero, *si yo no basto a tanto ilustrar mi obra*, como las que otros grandes varones escribieron, *basta para mi consuelo e a la satisfacción de quien lee, que la auctoridad que acullá se da a Homero, era supliendo él la materia, e que aquí supla la materia al defecto de mi pluma e ingenio*» (BAE CXIX 3, p. 363; la cursiva es nuestra).

En términos similares se expresa también P. de Cieza de León (BAE XXVI, p. 352):

«[...] para decir las admirables cosas que en este reino del Perú ha habido y hay, conviniera que las escribiera un Tito Livio o Valerio, u otro de los grandes escritores que ha habido en el mundo; y aun estos se vieran en trabajo en lo contar; porque, ¿quién podrá decir las cosas grandes y diferentes que en él son, las sierras altísimas y valles profundos por donde se fue descubriendo y conquistando, los ríos tantos y tan grandes, de tan crecida hondura; tanta variedad de provincias como en él hay, con tan diferentes calidades; las diferencias de pueblos y gentes con diversas costumbres, ritos y cerimonias extrañas, tantas aves y animales, árboles y peces tan diferentes y ignotos? Sin lo cual, ¿quién podrá contar los nunca oídos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado? [...] De todo esto hay tanto que decir, que a todo escritor cansara en lo escribir [...] Temeridad parece intentar un hombre de tan pocas letras lo que otros de muchas no osaron».

Y concluye el mismo autor, en el proemio en que declara la intención y división de su obra:

«Bien creo que hubiera otros varones que salieran con el fin deste negocio más al gusto de los lectores, porque siendo más sabios, no lo dudo; mas mirando mi intención, tomarán lo que pude dar, pues de cualquier manera es justo se me agradezca. El antiguo Diodoro Sículo en su proemio dice que los hombres deben sin comparación mucho a los escritores, pues mediante su trabajo viven los acaescimientos hechos por ellos grandes edades. Y así, llamó a la escriptura Cicerón testigo de los tiempos, maestra de la vida, luz de la verdad. Lo que pido es, que en pago de mi trabajo, aunque vaya esta escriptura desnuda de retórica, sea mirada con moderación; pues a lo que siento, va tan acompañada de verdad» (p. 353).

El último punto de nuestras conclusiones se refiere a las fuentes sobre mitología utilizadas por los historiadores de Indias. Al respecto, en términos generales, podemos afirmar que son muy variadas. Están, por un lado, los propios autores clásicos, manejados, en el caso de los griegos, en traducciones

latinas; por otro, los manuales mitográficos al uso en la época. Sirva, como ejemplo ilustrativo, el recuento de fuentes mitográficas que se pueden detectar en los primeros capítulos del libro I de la *Historia de las Indias* de Las Casas, por orden cronológico:

- *De fabulosis narrationibus non credendis* de Paléfato, autor del s. IV a.C., aunque lo que nos ha llegado de su obra es una compilación bizantina (*BAE* XCV 1, p. 62);
- *Fabulae* y *De poetica astronomia* de Higino, entre los s. I a.C. y I d.C. (p. 61, 62);
- *Biblioteca histórica* de Diodoro, del s. I a.C. (p. 56, 58);
- *Historia natural* de Plinio, del s. I d.C. (p. 53, 58, 59, 63);
- la obra, estrechamente vinculada a ésta, de Solino, del s. III d.C. (p. 53, 59, 60, 63);
- *Etymologiae* de San Isidoro, del s. VII d.C., (p. 59);
- *De genealogia deorum* de Juan Bocaccio de finales del s. XIV (p. 55);
- *Sobre los dioses de los gentiles* de Alonso Fernández de Madrigal (El Tostado), cuya primera edición es de 1507 (p. 55, 59).

IV. BIBLIOGRAFÍA

1. Ediciones

1.1. Ediciones de varios autores

Historiadores primitivos de Indias, vol. I, ed. de E. de Vedia, Madrid, Atlas (*BAE* XXII), 1946 [contiene: H. Cortés, *Cartas de relación*; F. López de Gómara, *Historia general de las Indias*; G. Fernández de Oviedo, *Sumario de la natural historia de las Indias*, Á. Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*].

Historiadores primitivos de Indias, vol. II, ed. de E. de Vedia, Madrid, Atlas (*BAE* XXVI), 1947 [contiene: B. Díaz del Castillo, *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*; F. de Jerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú*; P. de Cieza de León, *Crónica del Perú*; A. de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*].

1.2. Ediciones particulares

Cabello Valboa, M. (1951), *Miscelánea antártica: una historia del Perú antiguo*, Lima, Universidad Nacional Mayor de S. Marcos, Facultad de Letras, Instituto de Etnología.

Calvete de Estrella, J. C. (1950), *De rebus Indicis*, trad., estudio, notas y prólogo de J. López de Toro, 2 vol., Madrid, CSIC.

- (1964), *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de Don Pedro Gasca*, en *Crónicas del Perú*, vol. IV, Madrid (BAE CLXVII), Atlas.
- Cieza de León, P. de (2000), *La crónica del Perú*, ed. de M. Ballesteros, Madrid, Dastin (*Crónicas de América* 5).
- Colón, C. (1982), *Los cuatro viajes del Almirante*, ed. de I. B. Anzoategui, Madrid, Espasa Calpe (*Austral* 633).
- Colón, H. (1991), *Historia del Almirante*, ed. de L. Arranz Márquez, 2 vol., Madrid, Historia 16.
- Cortés, H. (1993), *Cartas de relación*, ed., introd. y notas de A. Delgado, Madrid, Castalia.
- Díez del Castillo, B. (2000), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. de M. León-Portilla, 2 vol., Madrid, Dastin (*Crónicas de América* 2-3).
- Fernández de Oviedo, G. (1959), *Historia general y natural de las Indias*, ed. de J. Pérez de Tudela, 5 vol., Madrid, Atlas (BAE CXVII-CXXI).
- Herrera, A. de (1934-1957), *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*, con prólogo y notas de A. Ballesteros-Beretta et al., 15 vol., Madrid, Academia de la Historia (citamos por esta edición; cf. también la edición y estudio de M. Cuesta Domingo, 4 vol., Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1991).
- Las Casas, B. de (1957-1958), *Historia de las Indias*, ed. de J. Pérez de Tudela, 2 vol., Madrid, Atlas (BAE XCV-XCVI).
- López de Gómara, Fr. (2000), *La conquista de México*, ed. de J. L. de Rojas, Madrid, Dastin (*Crónicas de América* 15).
- Mártir de Anglería, P. (1989), *Décadas del Nuevo Mundo*, trad. de J. Torres Asensio [orig.: *De Orbe Novo decades*], Madrid, Ediciones Polifemo (*Crónicas y Memorias* 1).
- Zárate, A. de (1965), *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, ed., introd. y notas de D. Mc Mahon, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires (*Publicaciones del Instituto de Historia Argentina y Americana* 106).
2. Estudios
- Abellán, J. L. (1979), *Historia crítica del pensamiento español*, vol. II: *La Edad de Oro*, Madrid, Espasa Calpe, 349-525 («El descubrimiento de América»).
- Alonso del Real, C. (1961), «Fernández de Oviedo y las Amazonas», *Cuadernos Hispanoamericanos* 42, p. 33-43 (cf. Id., *Realidad y leyenda de las Amazonas*, Madrid, Espasa-Calpe [*Austral* 1396], 1967).

- Álvarez Morán, M. C. (1976), *El conocimiento de la mitología clásica en los siglos XIV al XVI*, Madrid.
- Antelo, A. (1975), «El mito de la Edad de Oro en las letras hispanoamericanas del siglo XVI», *Thesaurus* 30, 81-112.
- Bauzá, H. F. (1993), *El imaginario clásico: Edad de Oro, Utopía y Arcadia*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela. Servicio de Publicacións e Intercambio Científico (*Publicacións en Estudios Clásicos* 8).
- Blok, H. H. (1995), *The early Amazons: modern and ancient perspectives on a persistent myth*, Leiden-New York, Brill (*Religions in the Graeco-Roman World* 120).
- Boccaccio, G. (1983), *Genealogía de los dioses paganos*, ed. de M. C. Álvarez & R. M. Iglesias, Madrid, Ed. Nacional.
- Cro, S. (1977), «Las fuentes clásicas de la utopía moderna: el *Buen salvaje* y las *Islas Felices* en la historiografía indiana», *Anales de Literatura Hispanoamericana* 6, 39-51.
- (1983), *Realidad y utopía en el descubrimiento y conquista de la América Hispana (1492-1682)*, Madrid, IBP, Troy (Michigan)/Fundación Universitaria Española.
- (1989), «Los cronistas primitivos de Indias y la cuestión de antiguos y modernos», en S. Neumeister (ed.), *Actas del LX Congreso Internacional de Hispanistas (18-23 agosto 1986, Berlín)*, vol. I, Frankfurt am Main, Vervuert Verlagsgesellschaft, 415-424.
- Esteve Barba, F. (1992), *Historiografía Indiana*, Madrid, Gredos (*Manuales*).
- Fabregat Barrios, S. (2003), «Presencia y función de los mitos clásicos en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», *Epos* 19, 67-88.
- Fernández de Madrigal, A. (el Tostado) (1995), *Sobre los dioses de los gentiles*, ed. y estudio preliminar de P. Saquero Suárez-Somonte & T. González Rolán, Madrid, Ed. Clásicas (*Series Maior*).
- Gandía, E. de (1929), *Historia y crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Buenos Aires, Juan Roldán y Compañía Editores.
- Gómez Espelósín, F. J. (2006), «La visión mítica del Nuevo Mundo en los historiadores de Indias», en J. A. López Férrez (ed.), *La mitología clásica en la literatura española. Panorama diacrónico*, Madrid, Ediciones Clásicas (*Estudios de Filología Griega* 11), 327-337.
- Gil, J. (1989), *Mitos y utopías del Descubrimiento*, 3 vol., Madrid, Alianza (*Alianza Universidad* 577, 585, 596).

- Giuliani, L. (1999), «Las Casas y el rechazo de la Edad de Oro: un recorrido por citas y omisiones de clásicos», en J. V. Bañuls Oller, J. Sánchez Méndez & J. Sanmartín Sáez (eds.), *Literatura iberoamericana y tradición clásica*, Valencia, Universitat Autònoma de Barcelona/Universitat de València, 237-242.
- Haase, W. & Reinhold, M. (eds.) (1993), *The classical tradition and the Americas*, vol. I: *European images of the Americas and the classical tradition*, Part I, Berlin-New York, W. de Gruyter.
- Lacarra, M. J. & Cacho Blecua, J. M. (1990), *Lo imaginario en la conquista de América*, Zaragoza, Diputación General de Aragón y Comisión Aragonesa V Centenario.
- Lens Tuero, J. (1993), «Bartolomé de Las Casas y la historiografía clásica», en M. Casquero (ed.), *Estudios de tradición clásica y humanística*, León, Servicio de Publicaciones de la Universidad de León, 87-104.
- (1994), «Los orígenes clásicos de la denominación ‘Nuevo Mundo’ y la representación colombina del paisaje americano», en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo. V Congreso Internacional de Historia de América (Granada, mayo de 1992)*, vol. III, Granada, Diputación Provincial de Granada, 37-46.
- (1996), «La representación de la *Edad de Oro* desde Hesíodo hasta Pedro Mártir de Anglería», en J. M. García González & A. Pociña Pérez (eds.), *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica*, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada/SEEC (*Biblioteca de Estudios Clásicos* 7), 171-209.
- (1997), «Fernández de Oviedo (*Historia General y Natural de las Indias*, libro VI, cap. LI) y la etnología clásica», en *Anuario de Estudios Americanos* 54, 187-198.
- Lisi, F. L. (2000), «Culpa y castigo en la crónica del Perú de Pedro Cieza de León», en M. Alganza Roldán, J. M. Camacho Rojo, P. P. Fuentes González & M. Villena Ponsoda (eds.), *Epieikeia: studia Graeca in memoriam Jesús Lens Tuero: homenaje al Profesor Jesús Lens Tuero*, Granada, Athos-Pérgamos, 249-261.
- Maravall, J. A. (1974), «Utopía y primitivismo en el pensamiento de Las Casas», *Revista de Occidente* 141, 311-388.
- Martín García, J. M. (2008), *Los filósofos cínicos y la literatura moral serioburlesca*, texto corr. y revis. por C. Macías Villalobos, Tres Cantos, Akal (*Akal Clásica* 83), vol. I, 445-454.
- Martínez, M. (1999), «Las islas de los Bienaventurados: historia de un mito en la literatura griega arcaica y clásica», *Cuadernos de Filología Clásica (Estudios Griegos e Indoeuropeos)* 9, 243-279.

- Mignolo, W. D. (1981), «El metatexto historiográfico y la historiografía india», *Modern Language Notes* 96, 358-402.
- Mund-Dopchie, M. (1990), «L'extrême-Occident de l'Antiquité classique et la découverte du Nouveau Monde: une manipulation de textes a des fins idéologiques», *Nouvelle Revue du Seizième Siècle* 8, 27-49.
- Nava Contreras, M. (2006), *La curiosidad compartida: estrategias de la descripción de la naturaleza en los historiadores antiguos y la crónica de Indias*, Caracas, Academia Nacional de la Historia.
- Oliver Segura, J. P. (1991), «Diálogo del rey Alejandro con el brahmán Dándamis: (PGen. 271)», en F. Gascó & J. Alvar (eds.), *Heterodoxos, reformadores y marginados en la Antigüedad clásica*, Sevilla, Secretaría de Publicaciones de la Universidad de Sevilla/Universidad Hispanoamericana de la Rábida, 107-136.
- (1990), «Los gimnosofistas indios como modelos del sabio asceta para cínicos y cristianos», en *Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio romano*, Murcia, Universidad de Murcia (*Antigüedad y Cristianismo* 7), 53-62.
- Paniagua Pérez, J. (2010), «Plinio en las Indias», en M^a I. Viforcós Marinas & M^a D. Campos Sánchez-Bordona (eds.), *Otras épocas, otros mundos, un continuum. Tradición clásica y humanística (ss. XVI-XVIII)*, León, Universidad de León, 339-359.
- Reynolds, W. A. (1962), «Hernán Cortés y los héroes de la Antigüedad», *Revista de Filología Española* 45, 259-271.
- Santana Henríquez, G. (2010), «La tradición clásica en los historiadores de la Nueva España: el caso de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl», en M^a I. Viforcós Marinas & M^a D. Campos Sánchez-Bordona (eds.), *Otras épocas, otros mundos, un continuum. Tradición clásica y humanística (ss. XVI-XVIII)*, León, Universidad de León, 360-389.
- Valcárcel Martínez, S. (1997), *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación Provincial de Granada.
- Zulueta, J. M. (1999), «Mitología clásica en las crónicas de Indias», en J. V. Bañuls Oller, J. Sánchez Méndez & J. Sanmartín Sáez (eds.), *Literatura iberoamericana y tradición clásica*, Valencia, Universitat Autònoma de Barcelona/Universitat de València, 493-499.